

**Un Presidente crucial para la
Real Academia de Ciencias de Zaragoza:
HORACIO MARCO MOLL (1917–2008)**

El pasado 18 de octubre, en la Sala de Grados de la Facultad de Ciencias, tuvo lugar un Acto conjunto de la Real Academia y de la Facultad de Ciencias para recordar la figura del anterior Presidente de la Real Academia de Ciencias de Zaragoza, Don Horacio Marco Moll, fallecido el pasado 18 de febrero. Se pretendió que el Acto tuviese un carácter íntimo de la Academia, de la Facultad y de la familia de Horacio, dignamente representada por su viuda, Doña Pilar Álvarez, su hija Pilar y otros familiares.



El Acto fue presidido por el Presidente de la Academia, Luis Joaquín Boya y por la Sra. Decana, Anabel Elduque. En las páginas siguientes reproducimos algunas de las intervenciones en el mismo.

Las líneas que siguen se escriben con sentido y profundo pesar por el reciente óbito del Dr. D. Horacio Marco Moll, profesor de Biología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza durante 45 años o tal vez más. No va a ser éste un obituario al uso. No voy a referirme a la fecha y al lugar en el que comenzó sus estudios universitarios, sus duros años de formación, ni a cuándo se licenció y después consiguió el grado de doctor; ni siquiera voy a hacer una relación detallada de su dilatada y brillante labor científica. Esto es lo habitual; pero yo dejo esta tarea a otros, discípulos y amigos, que le han conocido como científico y tratado como compañero de trabajo mucho mejor que yo. Yo quiero traer a primer plano su calidad humana, siendo consciente de que no la puedo desgajar de su faceta docente, aspectos ambos que sí he conocido bien desde tiempo atrás, cuando mis circunstancias personales me han brindado la oportunidad de tratarlo, y que no dudo en decir que han sido excelentes referencias para sus pupilos, colegas y amigos. Si se me preguntara cuáles son las notas que yo destacaría de la personalidad de Horacio Marco, dejando a un lado otras familiares y su condición de estudioso y profesor, diría que su bonhomía y su humor ingenioso y sagaz, bien dosificado, que siempre lo sacaba a relucir en el momento preciso, nunca a destiempo, con perspicacia y cierto laconismo, lo cual daba idea clara de su agudo sentido de la realidad y de su saber destilado con paciencia durante años.

Yo quiero que mis palabras, no exentas de emoción, debo confesarlo, sean de modesto, pero merecido, homenaje para quien hasta hace muy poco era el Presidente de la Academia de Ciencias de Zaragoza y se venía ocupando de regir con entusiasmo y acierto la institución; que sirvan, a modo de semblanza, para dejar testimonio de mis buenos recuerdos de él, primero como estudiante y alumno suyo, años después como compañero de la Facultad y como amigo; recuerdos que guardo en mi memoria con sincero afecto y profunda admiración.

Conocí a D. Horacio Marco Moll hace ya muchos años, antes de iniciar mis estudios universitarios, cuando yo era un joven estudiante del curso preuniversitario, el PREU, que más tarde pasaría a llamarse curso de orientación universitaria, el actual COU que todos conocemos y nos suena más. La época sería por los años sesenta cuando yo era alumno de la Academia Burbano, que por aquel entonces estaba en la calle Alar del Rey, una bocacalle del hoy rebautizado Paseo de Sagasta. Recuerdo bien que el centro lo dirigía D. Santiago Burbano de Ercilla, hombre de fuerte y franca personalidad, que era físico y colaboraba como docente en la Universidad, lo mismo que D. Horacio, el cual compatibilizaba su actividad docente en la Universidad con sus clases de Biología en dicha

academia. Mis imborrables recuerdos de entonces son que Horacio Marco, D. Horacio en esos años, era un profesor excelente. Sabía captar muy bien la atención del alumno con su plática amena, a la vez que pedagógica y comunicativa, con su discurso fundado y pleno de rigor científico. Recuerdo que acostumbraba a componer con tizas de colores en el encerado de clase, a veces incluso antes de que ésta diera comienzo, explicativos diagramas, cuadros sinópticos y acertados resúmenes que no dejaban de maravillarnos como alumnos suyos y que nos ayudaban extraordinariamente en nuestro aprendizaje y nuestras tareas de estudiantes. D. Horacio Marco era, siempre lo ha sido, un profesor que se expresaba con claridad, orden, rigor y todo ello no exento de amenidad. Cautivaba por su saber, por sus sólidos conocimientos, por su don para explicar la biología, que todos sus alumnos agradecíamos, pues nos facilitaba en gran medida la comprensión de la materia y la adquisición de conocimientos científicos. Sus enseñanzas nos acercaban al entendimiento de la célula, del citoplasma, de las mitocondrias, del núcleo, de los cromosomas, de los ácidos RNA y DNA, de los aminoácidos y de tantas y tantas cosas que existen y pululan en ese aparentemente reducido mundo que es la célula, pero que sin embargo constituye todo un extenso universo que atesora infinidad de misterios y retos. D. Horacio era atento con nosotros, sus alumnos, afable, cordial, y siempre estaba presto a contestar a las preguntas que le formulábamos sin rehuir la mayor o menor complejidad de cuanto le planteábamos. Pero también, hay que decirlo, era un profesor exigente que, a cambio de su esmero y dedicación, esperaba una respuesta del alumno acorde con la buena docencia con la que nos obsequiaba. En uno u otro grado, todos nosotros aceptábamos este compromiso tácito con él.

Superado el PREU y el examen de acceso a la Universidad, de nuevo me encontré con D. Horacio como profesor de Biología en el primer curso de Ciencias, que por entonces era el temido curso selectivo. No se podía pasar a segundo curso sin antes haber aprobado todas las asignaturas del primero, que eran Matemáticas, Física, Química, Geología y Biología, y se impartían como asignaturas anuales, es decir, a lo largo del curso académico; y no como sucede en la actualidad, que los estudiantes tienen que aprobar un montón de asignaturas cuatrimestrales troceadas y a veces inconexas o descoordinadas. No sería el último curso selectivo. El plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias Físicas de aquellos años contenía una exigencia más: el tercer curso también era selectivo y tampoco se podía pasar a cuarto curso sin antes haber aprobado todas las asignaturas de los tres primeros, lo que en la actualidad es el primer ciclo. Bueno, era otro obstáculo a salvar, y así hasta seis entre examen de ingreso en bachillerato, reválidas (dos, en cuarto y sexto de Bachiller), examen de ingreso en la Universidad y cursos selectivos. Realmente eran tiempos duros y exigentes (nada que ver con los tiempos actuales) en los que uno agradecía toparse con un buen profesor que le facilitara el trabajo y le ayudase a supe-

rar el escollo de la selectividad de ese primer curso de Ciencias. El profesor D. Horacio Marco cumplía sobradamente estos requisitos y desplegaba todo su saber y entusiasmo para hacernos más fácil y atractivo el estudio de la Biología. Bagaje y experiencia no le faltaba, después de tantos años como docente acreditado; y tampoco formación científica y labor investigadora, pues era autor de varios libros (yo aún conservo uno suyo de texto en buen estado) y artículos de investigación. Admirábamos su rigor en clase, en la exposición de los temas de estudio, y agradecíamos su atención y consejo en las prácticas de laboratorio, enfrascados como estábamos con las tinciones y observaciones con la ayuda del microscopio.

Ya cuando lo conocí en PREU me percaté de una nota muy característica de su personalidad que tiempo después confirmé siendo su alumno en la Universidad: era su humor, como antes he dicho, su magnífico y brillante humor; su humor agudo, a la vez que fino y elegante. Horacio Marco, dada su cultura y formación científica, era una persona con la que podías hablar de temas muy diversos, que él acostumbraba a tratar con la seriedad requerida, pero sin renunciar a una exposición amable y cordial convenientemente sazonada de su peculiar humor, a veces socarrón, como madrileño que era, otras certero y atinado. Derrochaba personalidad y buen oficio y siempre encontraba el punto de vista sugerente. Jamás, pese a que hubiera podido suceder, exhibió pedantería o alardeó de erudito; más bien hacía gala de su erudición con naturalidad, dentro y fuera de clase, dentro y fuera de la Universidad. Quienes se acuerden de un famoso programa de televisión de los años sesenta, creo recordar que se llamaba *La unión hace la fuerza*, en el que competían equipos por provincias compuestos por personas de variada formación y bagaje cultural, seguramente recordarán esto que ahora cuento. Hacía las veces de portavoz del equipo de Zaragoza precisamente D. Horacio Marco Moll y bien que supo ganarse el respeto y la admiración de los espectadores y conciudadanos por su labor como integrante y portavoz del equipo y por su humor, que, tal como lo hacía patente con sus alumnos y con sus compañeros de Facultad, nos regalaba también durante sus intervenciones en aquel entrañable programa televisivo. Horacio Marco era un buen contertulio; su conversación o charla no defraudaba; por el contrario, hacía disfrutar de su compañía. Me parece obligado dejar aquí constancia de este otro rasgo que adornaba su personalidad junto con los otros a los que ya me he referido anteriormente.

No puedo dejar de referirme a otro aspecto muy marcado de Horacio Marco. Debo decirlo: Horacio era, ha sido siempre, una persona presumida, atildada. Vestía con pulcritud, con cierta elegancia, que lucía con su particular desenvoltura y garbo, nada ajeno a su origen madrileño, que no se guardaba de pregonar, pese a sus muchos años de convivencia entre nosotros, en Zaragoza. Nuestro querido compañero Horacio, lo sabemos bien los que a menudo nos cruzábamos con él por los pasillos de la Facultad de Ciencias,

paseaba su prestancia y su donaire, su “palmito”, con esa sencillez del que se gusta y sabe que gusta a los demás. Todos recordamos cómo se presentaba en muchos días brumosos y grises durante los crudos meses de invierno, cuando el frío apretaba y ni siquiera permitía una mínima esperanza de calidez, cuando la niebla se enseñoreaba de nuestras calles y plazas y nuestro aliento más se parecía al chorro de vapor exhalado por un máquina: Horacio Marco solía aparecer con su cabeza cubierta, protegida, tocada de un sombrero y a veces de un gorrito de astracán, envuelto en una magnífica, confortable y señorial capa española que sin duda le otorgaba un signo de distinción y captaba las miradas de quienes se topaban con él. Paseaba esta típica prenda española con orgullo y galanura, pero sin atisbo alguno de afectación o pose, siendo perfectamente consciente de su tributo a lo español, lo cual, mirado desde la perspectiva de los tiempos de hoy, realza todavía más, si cabe, su forma de ser y su estilo de caballero español, del que no se recataba cuando la ocasión era propicia. Ya en tiempos más recientes, cuando su edad persistía en doblarlo y su caminar era más lento y desmañado, él aún se empeñaba en mostrarse apuesto sin resignarse a ceder en su compostura y, mucho menos, en su ánimo y talante.

Y termino. Quiero con mis palabras rememorar cómo he visto, o mejor, cómo hemos visto a Horacio Marco los que hemos sido afortunados por conocerlo y tratarlo y los que hemos disfrutado de su compañía y de su amistad. No creo, sería pretencioso por mi parte, que haya sido capaz de dibujar un bosquejo siquiera aproximado de su rica personalidad con tan escasas pinceladas; pero al menos sí creo que he conseguido evocar unos pocos rasgos acerca de la forma de ser de nuestro maestro, compañero y amigo. Si he logrado avivar su imagen en la memoria de los lectores, me doy por satisfecho.

Sé que Horacio estará siempre presente entre sus familiares, allegados y amigos. Pero es cierto que nos ha dejado, que ya no se encuentra físicamente entre nosotros. Pero también es verdad que Horacio Marco Moll nos ha dejado algo muy importante y valioso: su ejemplo y testimonio como persona cabal en todas sus vertientes y sobre todo su recuerdo, su grato recuerdo, su gratísimo recuerdo.

Catedrática de Fisiología Vegetal. Universidad de Zaragoza

Empezaré con una frase tópica, diciendo lo difícil que es este tipo de tarea; en primer lugar debido a que muchos de nosotros todavía pensamos que nos lo vamos a encontrar en la entrada de la Facultad cualquier mañana; en segundo lugar, por lo difícil que resulta resumir en pocas palabras la huella que una persona deja en su entorno, pero sobre todo, por las múltiples facetas de la rica personalidad de don Horacio.

Cualquiera que haya conocido a don Horacio, sabe lo inútil del intento de tratar de definirlo. Tal vez, utilizando terminología científica, si tuviera que encontrar palabras clave para describir a don Horacio, diría:

- Excelente profesor
- Trabajador infagitable
- Incombustible curiosidad por aprender.

¡ y que más se puede decir! ...; en nuestro ámbito universitario, en mi opinión, muy poco más.

Cuando un alumno, como fue mi caso, llegaba a la Facultad de Ciencias al Curso Selectivo, venía aterrorizado, y con la idea preconcebida de que no íbamos a enterarnos de nada. Desde luego, en lo que se refiere a la Biología, no fue así. Cada profesor tenía su leyenda, y la de don Horacio era una mezcla de fama de claridad y buen profesor, rigor en la enseñanza, y su sentido del humor, por ejemplo regalando sus famosos roscos, es decir, el dudoso honor de haber sacado un cero, que era compensado con una rosquilla ...

Todos los que hemos sido sus alumnos somos unánimes: sus explicaciones eran excelentes, los esquemas y dibujos, mucho antes de la era de las transparencias y el *power point*, verdaderas obras de arte. Mucho más tarde, ya en la Complutense, constaté que fue casi el único profesor que nos daba citas bibliográficas, y nos contaba el estado del conocimiento en el momento concreto, huyendo de dogmas, y contrastando las diversas teorías que podrían explicar algunos de los fenómenos observados. Esto que hoy parece trivial, en aquel momento era una iniciativa pionera. Aunque querría huir de personificar, guardo como un tesoro mis apuntes de Biología de aquel Curso Selectivo, y he visto como han ido cristalizando algunas de las opciones que don Horacio nos planteaba como posible (en aquel momento, teorías solamente). El modelo de membrana tilacoidal de los cloroplastos, cómo podrían funcionar los complejos formadores de ATP, el mosaico fluido como modelo para las membranas ..., todo esto estaba ya esbozado en mis notas. Muchas veces, al entrar a las 4 de la tarde en el aula 6, nos encontrábamos ya la pizarra con esquemas y dibujos que hubieran sido hoy día objeto de pirateo masivo si estuvieran

en la web . . . , es una lástima pensar que el borrador acababa con ellos cada tarde.

Es importante resaltar que pasado el tiempo, seguí observando la misma entrega a la docencia, incluso en la época al borde de la jubilación, y con mucha más carga docente de la que tenemos ahora. La clase, era sagrada y de ninguna forma se planteaba, a pesar de su sobrada experiencia, simplemente cumplir el expediente. Cambiaba y actualizaba los contenidos cada año, según iba avanzando el conocimiento. Don Horacio ha sido un excelente profesor que sin duda aportó calidad a nuestra Facultad en momentos en que no era tan fácil hacerlo como ahora.

Cuando años más tarde llegué al departamento de Biología por diversos azares y con otro punto de vista diferente, me reencontré con don Horacio. En aquel momento, la imagen del departamento de Biología en la Facultad de Ciencias era casi de un grupo de caza-mariposas algo trasnochados pero cada uno de los profesores, don Cruz, don Horacio y doña Pilar, a su manera, y en medio de una cierta incomprensión, seguían siendo referentes en algún frente, con una enorme entrega docente y con gran ilusión por las tareas que tenían entre manos. Don Horacio se orientaba hacia aspectos moleculares, y compró las primeras pipetas automáticas que probablemente hubo en la Facultad de Ciencias. Emprendía con mucha ilusión proyectos nuevos, que sacó adelante, en una época en la que solo la curiosidad científica incentivaba su trabajo de investigación. Trabajador infagitable y constante, son palabras que sin duda reflejan su quehacer en aquel momento. Nunca estaba ocioso, y lo recuerdo en su zona de trabajo, con la bata puesta, enfrascado en los cromosomas de sus chicharras, en sus botes de agua, o en su microscopio, que cuidaba con verdadero mimo. Don Horacio quiso siempre “estar al día”, incluso en los últimos años, consultaba bibliografía nueva y tenía un afán de aprender sorprendente. Siguió consultando libros de texto avanzados hasta el último momento, y no era infrecuente que se interesara por novedades en algunos temas que le interesaban especialmente y me pidiera que le bajara determinados libros.

Aunque ya pertenece a la esfera de lo difícilmente transmisible a otras personas, no puedo dejar de recordar el ambiente de mi departamento de Biología sus famosos cafés a las 11, donde se hablaba de ciencia y de otras muchas cosas, y Don Horacio siempre ponía la nota de guasa, muchas veces riéndose de sí mismo. Podría contar infinitud de anécdotas y bromas, que probablemente solo tendrían sentido para los que en aquel momento estábamos en el departamento, pero simplemente quiero recordar un hecho que pone de manifiesto que detrás de su guasa iconoclasta había un gran sentimental. Cuando su compañero de muchos años, Don Cruz Rodríguez Muñoz, se jubiló, y él iba a pronunciar unas palabras, la emoción le embargó de tal manera, que durante unos minutos no pudo articular palabra.

Dice la canción que cuando un amigo se va, algo se muere en el alma. Tal vez tenemos

un trozo del alma que se ha ido con él, pero también tenemos todo lo que hemos aprendido y nos ha aportado su compañía en el viaje. Y aunque he dicho que no quería personalizar, no puedo dejar de decir algo de lo espero que él tuviera constancia clara: gracias, don Horacio.

Secretario de la Real Academia de Ciencias de Zaragoza

Hasta 1996 conocía a Horacio Marco sólo superficialmente. En mis primeros años de docencia en la Universidad de Zaragoza, de 1965 a 1968, matemáticos y biólogos coincidíamos en el espacio en el tercer piso de la Facultad de Ciencias, actual edificio A o de Físicas, pero no habiendo sido profesor mío, para mí era un profesor agradable a simple vista, con el que la diferencia de edad y campo de trabajo no dieron lugar a mayor trato que amables saludos.

Tras mi periplo de 14 años por otras Universidades retorné a Zaragoza al estrenarse el Edificio de Matemáticas, con lo que se produjo una mayor lejanía física de matemáticos y biólogos. Mi trato con Horacio siguió siendo muy superficial, puesto que aun siendo los dos Académicos desde finales de los 80 las actividades de la Academia eran escasísimas, por no decir casi nulas.

Sin embargo en 1996, cuando los (pocos) académicos más antiguos le propusieron presidir la Academia, me vino a ver a mi despacho y me propuso ser el nuevo Secretario. La fuerza que contagiaba una persona como él, a sus casi 80 años entonces, me impresionó y acepté. Jamás me arrepentí, a pesar del trabajo que me cayó encima. Porque él daba ejemplo ocupándose de que todo funcionase. Por eso no voy a escribir aquí sobre sus otras múltiples facetas. Sólo sobre su labor de presidente, que creo que fue una de las más gratificantes de su vida.

Como ya he dicho, tomó una Academia reducida a media docena de Académicos Numerarios y una decena más de Académicos Electos que demoraban largamente su Discurso de Ingreso y se impuso la (ingente) labor de perseguir, tenaz y amablemente, a los Electos bajo la “amenaza” de cancelar su nombramiento. Paralelamente empezó a realizar otras varias labores: convocar varias Sesiones al año para planificar actividades, resucitar los Premios de Investigación de la Academia, cambiar la orientación de éstos para darles mayor interés científico, impulsar la Revista y la Colección de Monografías, organizar Ciclos de Conferencias, coordinar esfuerzos con la Facultad de Ciencias colaborando con los sucesivos Decanos, promover el nombramiento de nuevos Académicos Electos a los que volvía a pedir, machacona pero agradablemente, que escribieran sus Discursos en el plazo de un año, En fin, conseguir que la Academia tenga actualmente casi cuarenta académicos, el máximo posible según Estatutos, más que duplicando su máximo histórico desde 1916 y mantenga un nivel de actividades que nunca había tenido.

Cabe recordar también la constante labor del Profesor D. Rafael Cid como Académico Editor de la Revista durante muchísimos años. Entre las labores que se impuso Horacio al ser nombrado Presidente estaba la de clarificar si en el pasado se le había concedido a la

Academia el título de Real o no, puesto que aparecía en los documentos indistintamente con él o no, resultando en una nueva solicitud (reiterando la acordada en 1916), tras la que se consiguió de S.M. el Rey dicho título, para su satisfacción.

Los años iban pasando y la edad iba minando físicamente su cuerpo. Sin embargo su mente seguía siendo clarísima, como para llevar a sus noventa años en la cabeza hasta el menor detalle relacionado con la Academia. Como Secretario nos reuníamos un par de veces a la semana al menos, y para mí era un rato de lo más placentero, disfrutando de su socarronería, que usaba para sí tanto como para los demás, y su humor tan próximo al mío. Y creo que él también disfrutaba tanto como yo, sintiéndose útil hasta el último día.

Por tanto, puedo decir que aunque lo traté íntimamente sólo en sus últimos doce años, lo hice en uno de los aspectos en que más disfrutó y se sintió reconocido. Por eso concluyo diciendo: Gracias Horacio, en nombre de la Academia y en el mío propio, por la labor realizada, y gracias por el tiempo que compartimos en todos estos doce años.

Entre los años 1953 y 1958 cursé Ciencias Físicas en el Viejo edificio de la Plaza de Paraíso. En Biología, en el primer curso, tuve de profesores a D. Cruz RODRÍGUEZ MUÑOZ y a D. Horacio MARCO MOLL. Tuvieron una enorme influencia sobre mí los dos, hasta el punto que mi afición a la Biología vino de entonces, y he hecho (de joven) incluso algún pinito, sólo o con mi hija Patricia, bióloga “profesional”. Pertenezco al ISSOL, la Sociedad para el Estudio del Origen de la Vida, donde conocí y traté a Juan Oro y otras eminencias (M. Eigen, por ejemplo); también mi discurso de entrada en esta Academia versó sobre ese tema: *Origen de la Vida y Evolución de la Primeras Formas Vivientes*. Tuve el honor de que me contestase el propio Horacio (Noviembre, 1996), y que mi número de académico sea el 18, que anteriormente llevó D. Francisco Grande Covián.

Recuerdo en especial de Horacio su porte elegante, su distinción, su pequeña chulería madrileña, una personalidad cautivadora, sin duda. Destacó desde el principio en sus enseñanzas lo que hoy día es la Biología Molecular, aunque el término no existía aún. Todavía recuerdo su clasificación de los aminoácidos (¿eran ya veinte?), según los restos nitrogenados o alcohólicos; recuerdo hablarnos de nucleótidos, pero no puede ser aun de la doble hélice, descubierta ese mismo año, en la primavera de 1.953. Mientras D. Cruz resaltaba la biología evolutiva y comparativa, desde los virus al hombre, nos abría hacia los libros en inglés, etc., Horacio por su parte miraba por dentro la constitución química de los seres, y las consecuencias de la Bioquímica en los fenómenos netamente biológicos; sí recuerdo alguna cosa en común de los dos: la atracción por los cromosomas, y por ponerlos de relieve mediante tinciones, etc; parece ser que en eso Horacio fue un pionero nacional. En resumen, que fue un curso inolvidable para mí.

La figura de Horacio como Presidente de la Academia ha sido recordada aquí por voces más autorizadas, y poco puedo añadir. Sí contarles, brevemente, algunas preocupaciones de Horacio que la Academia en su actual situación debe, creo yo, tener en cuenta. Horacio y yo hablábamos una o dos veces por semana, de todo lo divino y lo humano, pero sobre todo de sus preocupaciones por la Academia Me hablaba él de completar la lista hasta cuarenta académicos (diez por sección), de estudiar el desglose entre Biología y Geología, ... y también de cosas más importantes: de la responsabilidad de la Academia para con la Sociedad Aragonesa y como fuente de divulgación de la ciencia y de la cultura superior en general. Decía que Aragón es grande en extensión, no es sólo la capital, Zaragoza, hay que llevar la llama de la cultura a los pueblos aragoneses.

Horacio aprendió que las conferencias “de gran público” requieren preparación minuciosa y elección de temas atractivos; durante su Presidencia se han organizado cinco ciclos

de conferencias, todos ellos en estrecha colaboración con la Facultad de Ciencias. El ciclo del curso pasado, sobre Biología del Medio Ambiente en Aragón fue concebido por él, con la elección de los conferenciantes inclusive; lástima que no lo vio terminar.

Pero su Obra está ahí, y es cuestión nuestra el continuarla; es un reto que tenemos; la Academia de Ciencias de Zaragoza cumplirá pronto 100 años, es una de las más antiguas de España en su especialidad, y tuvo entre sus miembros correspondientes a Albert Einstein, quien nos visitó en 1923. Que nosotros, los continuadores, seamos dignos sucesores de los Zoel García Galdeano, Antonio de Gregorio Rocasolano, Gonzalo Calamita y Paulino Savirón, y tantos otros.

Quiero terminar mi intervención recordando a los familiares de Horacio, aquí presentes, y en especial tener un pequeño recuerdo para su viuda. Muchas gracias.